

**EL BIEN DE LAS PERSONAS ANCIANAS  
EN LA REFLEXIÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA**

Rev. José Guillermo Gutiérrez Fernández  
Oficial del Consejo Pontificio para la Familia

*Asamblea Nacional de Diputados, Ciudad de Panamá, 29 de Junio de 2015*

Queridos amigos:

Estoy muy contento de la oportunidad de estar nuevamente en este hermoso e interesante país. En verdad estoy convencido de que la impresionante obra del canal que une el océano pacífico con el mar caribe, es una imagen que expresa muy bien la vocación histórica de Panamá a construir puentes que unan latitudes, pueblos y culturas. ¿No es verdad que en esta tierra se concretó el paso del mar del norte hacia el mar del sur y que se fundó aquí la primera Diócesis del Continente en tierra firme, lo cual permitió la evangelización del sur del Continente? De alguna manera este hecho histórico ha permitido que hoy tengamos en la Iglesia Católica al primer pontífice latinoamericano, el Papa Francisco, a quien hoy en la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, recordamos con devoción y afecto filial.

Quiero enviar un saludo desde aquí al Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico, Mons. Andrés Carrascosa Coso y al Señor Arzobispo de Panamá, S. E. Mons. José Domingo Ulloa Mendieta, impedidos para acompañarnos a causa de una importante reunión de la Conferencia Episcopal.

Dirijo un saludo cordial al Señor Presidente de la Asamblea Nacional, S. E. Adolfo Valderrama, al Rector Magnífico de la Universidad Nacional de Panamá, Prof. Gustavo García de Paredes, a la Directora de la Universidad de la Tercera Edad, Dra. Argénida de Barrios, a las demás autoridades, civiles y académicas, y a todas las personas que participan en este encuentro.

## **Introducción**

He sido invitado a reflexionar con ustedes sobre un punto crucial de nuestro camino civilizatorio, el del bien de las personas ancianas. Un argumento sumamente actual que presenta múltiples pistas de reflexión, ya que como recientemente nos ha recordado el Papa Francisco, gracias a los progresos de la medicina la vida se ha alargado, pero como la sociedad no se ha «abierto» a la vida, el número de los ancianos se ha ido multiplicando mientras decrece la natalidad y nuestras sociedades no se han organizado lo suficiente para hacerles espacio, con justo respeto y concreta consideración a su fragilidad y dignidad (Cfr. Audiencia General del miércoles 4 de marzo de 2015).

Los adultos mayores son una riqueza que no se puede olvidar, tanto para las familias como para la sociedad. Por ejemplo, muchas veces constituyen una ayuda de gran autoridad en la tarea educativa de los padres hacia los hijos, además en algunas partes, de manera discreta y gratuita, garantizan una valiosa ayuda económica a las parejas jóvenes. Sin embargo, tristemente es frecuente que sean marginados y considerados un peso para la familia y para la comunidad: “Mientras somos jóvenes, - dice el Papa- somos propensos a ignorar la vejez, como si fuese una enfermedad que hay que mantener alejada; cuando llegamos a ancianos, especialmente si somos pobres, si

estamos enfermos y solos, experimentamos las lagunas de una sociedad programada a partir de la eficiencia, que, como consecuencia, ignora a los ancianos” (Ibid.).

El Papa emérito Benedicto XVI visitando una casa para ancianos en noviembre de 2012, afirmaba que: “La calidad de una sociedad, quisiera decir de una civilización, también se juzga por la manera como se trata a los ancianos y por el lugar que se les reserva en la vida en común”. Y el Santo Padre Francisco añade que: “Una civilización seguirá adelante si sabe respetar la sabiduría, la sabiduría de los ancianos. Una civilización en la que no hay sitio para los ancianos o se los descarta porque crean problemas, lleva consigo el virus de la muerte” (Audiencia General del miércoles 4 de marzo de 2015). Y de una manera muy plástica expresaba la misma idea unos meses antes en un encuentro con ancianos organizado por nuestro Pontificio Consejo: “Un pueblo que no custodia a los ancianos y no los trata bien es un pueblo que no tiene futuro, porque pierde la memoria y se arranca de sus propias raíces” (Discurso con ocasión del Encuentro con los Ancianos en Plaza S. Pedro, 28 de septiembre de 2014). De ahí que sea muy importante que un país que mira al futuro, como Panamá, se pregunte cuál es el lugar que reserva a quienes constituyen la memoria viva de su pueblo y un importante anillo de conjunción entre las generaciones que asegura la transmisión de las tradiciones y de las actitudes mediante los cuales los jóvenes pueden acceder a sus raíces culturales. Para mí es un verdadero honor poder sumarme a la reflexión que esta Honorable Asamblea está haciendo sobre los adultos mayores, ya que frecuentemente son excluidos e “invisibles” a los ojos de la sociedad; y la cultura dominante, los medios de comunicación y las instituciones no pocas veces contribuyen a mantener –o incluso a empeorar- esta “invisibilidad” sistemática.

De los muchos aspectos que habría que reflexionar para visibilizar a estas personas a las que debemos un sincero tributo de reconocimiento, de aprecio y de

hospitalidad, en mi intervención me limitaré a exponer sólo algunos contenidos de la reflexión que la Iglesia Católica ha hecho sobre el bien de las personas ancianas. Desarrollaré básicamente dos puntos. En primer lugar presentaré un cuadro general de la condición de las personas ancianas en el contexto de la cultura contemporánea. Y en segundo lugar resaltaré algunos contenidos que nos transmite la Biblia acerca de su realidad de raíz histórica del pueblo y de su vocación a ser testigos morales y transmisores de la fe. Concluiré proponiendo algunos puntos que habría que tener en cuenta en la tarea de dignificar a los adultos mayores.

### **La realidad de las personas ancianas**

El filósofo Chino Lin Yutang ha escrito que “Amamos las viejas catedrales, las viejas estampas, los viejos diccionarios, la platería y los muebles antiguos, pero nos hemos olvidado completamente de la belleza de las personas ancianas. Y apreciar este tipo de belleza es esencial para nuestra vida, porque la belleza es aquello que es viejo, dulcificado y bien madurado por el tiempo” (*L'importanza di capire*, Longanesi, 1984).

San Juan Pablo II en una hermosa carta que dirigió a los ancianos el 1º de octubre de 1999, dice que los ancianos son “personas que han realizado un largo camino”. Y citando a San Efrén el Sirio, hace notar que la vida es semejante a los dedos de una mano. Como cada dedo de la mano, cada etapa de la vida tiene características propias. Los dedos representan los cinco grados por los que el hombre va avanzando. Si la infancia y la juventud son etapas en las que se vive proyectando el futuro y la edad adulta es la etapa en la que se realizan los proyectos que se han esbozado antes, la vejez “atenuando el ímpetu de las pasiones... es la época privilegiada de la sabiduría que en general es fruto de la experiencia, dado que el tiempo es un gran maestro” (Cfr. n. 6).

Esto es tan verdadero que con el salmo solemos rezar: “¡Enseñanos a contar nuestros días y llegaremos a la sabiduría del corazón!” (Salmo 90).

En la actualidad es muy necesario valorizar esta fase conclusiva de la vida ya que, al menos en los países ricos, se intenta remover la consideración del traspaso. De frente a una visión de la vejez que sólo considera los aspectos negativos de decadencia y pérdida progresiva de capacidades, autonomía y afectos, debemos ayudar a las personas a prepararse para afrontar estos años valorando el sentido de la tarea cumplida y de la integración de la entera existencia. Ante el declive es posible descubrir una nueva generatividad en la entrega de la herencia moral a las nuevas generaciones.

Las nuevas generaciones deberían aprender a mirar al anciano con respeto, admiración y confianza, alguien a quien acudir para pedir consejo sobre las cuestiones fundamentales de la vida. Esto comporta necesariamente una labor educativa que valore al adulto mayor como un “recurso” más que como un “problema”, dentro de un proyecto global de sociedad en el que cada componente se sienta protagonista y ninguno sea excluido porque se le considera inútil.

Afortunadamente nuestros pueblos latinoamericanos, culturalmente suelen valorar grandemente a las personas mayores. Entre los pueblos de la Mesoamérica precolombina, por ejemplo, lo antiguo está emparentado con la verdad. Por eso los ancianos son los principales garantes de aquello que es auténtico y verdadero, de lo que es permanente y necesario para vivir, pues a lo nuevo se le solía identificar con lo que no tiene raíces, con lo que no es sólido, con lo que es pasajero, efímero y falso.

Sin embargo, nuestras sociedades no son inmunes a la crisis antropológica presente en la cultura actual, marcada ampliamente por el individualismo y el

relativismo. Como se sabe esta cultura tiende a debilitar los vínculos y deja a los individuos aislados. La persona humana se reduce precisamente a individuo y su valor depende de su funcionalidad a la producción y al consumo. La misma vida se considera digna de ser vivida sólo en la medida en que se tiene la capacidad de experimentar sensaciones placenteras. Se considera obsoleta cualquier cosa que no sea actual. De este modo, sobre todo en las comunidades urbanas, donde se viven ritmos cotidianos acelerados, y donde domina esta cultura de la eficiencia, los ancianos se suelen encontrar solos: explotados como “baby-sitter”, arrinconados en la familia, asilados en casas de reposo, o francamente depositados como objetos en estructuras sanitarias que muchas veces no tienen las condiciones adecuadas. No faltan tampoco casos de verdadero abandono, que justifican que el Papa Francisco las denuncie como situaciones “de una auténtica eutanasia escondida” (Discurso en Plaza S. Pedro, 28 de septiembre de 2014).

En efecto, debemos reconocer que desafortunadamente esta realidad del abandono de los ancianos es una dolorosa realidad en muchas sociedades. No sólo se les abandona en la precariedad material, sino que son abandonados también en la incapacidad egoísta de aceptar sus límites que reflejan nuestros propios límites, en las numerosas dificultades que hoy tienen que superar para sobrevivir en una civilización que no les permite participar, dar su parecer, ni ser referentes según el modelo de consumo en el que sólo los jóvenes pueden ser útiles y pueden gozar. Pero esto es una falacia, porque en realidad, este modelo no tiene en el centro a la persona humana y tiene el efecto de crear lo que el Papa llama «cultura del descarte», que hace mucho mal a nuestras sociedades, porque se descartan a los niños en el vientre materno, se descartan a los jóvenes que no tienen trabajo ni condiciones adecuadas para su desarrollo, se descartan a los ancianos con el pretexto de mantener un sistema económico «equilibrado». (Cfr. *Ibid.*).

Sin querer polemizar sobre este punto, sino buscando ofrecer un estímulo a la reflexión, hemos de preguntarnos el porqué de la sustitución de la palabra «anciano», que está cargada de una gran dignidad, por las de «adultos mayores» o «adultos en plenitud», que intentan maquillar la realidad de la vejez ligada a la disminución de las fuerzas físicas y de las capacidades. ¿No será porque nuestra cultura se muestra incapaz de dar un significado al dolor y tiende a presentar actitudes como la serenidad simplemente como apocamiento?

No podemos negar que hoy se ha extendido la imagen de una ancianidad decrepita y deplorable. Los medios de comunicación masivos no ayudan nada para dar una imagen a favor de la vejez plena y cargada de sentido. Al contrario se hace mofa de la ancianidad, se desprecia el ser viejo y se hace culto a la juventud eterna. Hoy se nos presenta como ideal de vida el ser como adolescentes despreocupados e informales, y se considera que se vive intensa y auténticamente, sólo si se vive a merced del vaivén de las emociones.

Las leyes de muchos países de nuestra América Latina con respecto a los adultos mayores, son en la mayoría de los casos, una buena declaración de principios pero que en la práctica no tiene consecuencias relevantes, ya que lo que se constata muchas veces es una exclusión sistemática de los ancianos del conjunto de la vida civil. Y los argumentos de esta exclusión se basan sobretudo en la gran carga económica que implica una mayor expectativa de edad avanzada, dado el incremento de gastos y la aplicación de nuevas terapias en el cuidado de la salud de los ancianos. Aquí es bueno recordar también que en muchos casos los sistemas de retiro cometen una verdadera injusticia entre los aportes recibidos y las magras pensiones que se distribuyen a los jubilados. Aquí deberíamos hablar también, de las graves contradicciones que se generan por el peso de políticas económicas desconsideradas y por la insensibilidad de

algunas políticas sociales, así como del enorme agravamiento de las tareas subsidiarias de la atención social de los enfermos y de los ancianos, que de hecho se delegan a las familias. A este cuadro se deben añadir los efectos de una coyuntura económica desfavorable, del creciente fenómeno de la acumulación de riquezas en manos de pocos y de la distracción de los recursos que deberían ser destinados a proyectos de inclusión social. Lamentablemente la mayoría de las veces la sociedad no se hace eco de esta situación de exclusión social de los más débiles de la que también son víctimas los ancianos.

Un punto preocupante es la presión que ejercen algunos organismos internacionales sobre las naciones individuales que intentan imponer una cierta agenda legislativa, a través de convenciones y otros instrumentos internacionales que se vuelven vinculantes para la legislación nacional, que contra las tradiciones y costumbres de muchos de nuestros pueblos que respetan y velan la dignidad de nuestros mayores, vulnera la vida de los ancianos, disfrazándola de una supuesta compasión que dan pie a causar la muerte por piedad, cuando lo que realmente se necesita es apoyo, acompañamiento, atención y cuidado durante la enfermedad.

El camino para revertir esta situación de exclusión y de riesgo de vulnerar la vida de los ancianos es transformar lo que parece un problema, la situación de los ancianos, en un recurso para la entera comunidad desde el respeto de su dignidad humana personal. Para ello el paso decisivo es volver a colocar a la persona humana en el centro, desplazando al dinero de la centralidad que no le corresponde de la que se ha ido apoderando y en cuyo altar no se tiene empacho de sacrificar a las personas más débiles. Esto supone una labor educativa que en este caso concreto de los ancianos lleva a recuperar el diálogo entre las generaciones y a ofrecer el justo reconocimiento y gratitud que les corresponde, haciéndonos cargo de su bienestar humano y espiritual.

Pero ¿qué hacer en concreto? La Iglesia no puede ofrecer soluciones técnicas, su misión es la de ofrecer caminos de salvación, haciéndose cargo con amor de quienes son considerados “sobrantes” en esta sociedad. Ella quiere ofrecer con humildad, en un diálogo abierto y sincero, que incluya la verdad y la justicia, su sabiduría en cuanto «experta en humanidad». De ahí que en este segundo momento de mi intervención, les proponga hacer un repaso de algunas de las páginas de la Biblia que nos ayudarán a descubrir la presencia relevante y significativa de la función del anciano y en particular del abuelo, así como de los antepasados en general, en las Sagradas Escrituras.

### **Las personas ancianas en la Biblia**

Cuando se repasan las páginas de la Escritura se descubre que los ancianos no son sujetos dignos de lástima, sino de respeto y consideración en cuanto su vida longeva es signo de la bendición y de la gracia de Dios (Gen 11, 10-32). Nosotros somos deudores de ellos y les debemos veneración y no solo consideración. La Sagrada Escritura también nos recuerda la caducidad que supone el inexorable paso del tiempo al que se refiere de manera muy plástica el Libro del Qohelet: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad” (1,2). La Escritura nos muestra figuras como Abraham, Moisés, Isabel, Zacarías, Simeón y Ana, que como muchos personajes de la historia de la Iglesia, están llenos de años y de riquezas humanas y espirituales; ancianos que se demuestran como personas serenas y satisfechas que testimonian que la vejez, como escribió san Juan Pablo II: “se propone como «tiempo favorable» para la realización de la aventura humana, que es parte del plan divino respecto a todo hombre y toda mujer, como tiempo en el que todo converge, para que él pueda comprender mejor el sentido de la vida y alcanzar la sabiduría del corazón” (*Carta a los ancianos* del 1º de octubre de 1999, n. 8).

a) *El abuelo, raíz de vida y de historia*<sup>1</sup>

La cultura bíblica se sitúa en las coordenadas de los pueblos de Oriente de índole patriarcal, en el que la figura del anciano, es sumamente resaltada. El pueblo de Israel para definir su propia identidad se confía al esquema de las genealogías que se consideran como la transmisión vital no sólo de la generación, sino de la misma historia. Por ello en el libro del Génesis se recogen una serie de generaciones cuya tarea también es delinear una línea ininterrumpida en la historia de la salvación (Cfr. 1, 28; 2, 4; 9, .7; 17, 2.6.16; 25, 11; 28, 3; 35, 9.11; 47, 27; 48, 3-4). Como ejemplo podemos recordar a los ancianos Abraham y Sara, abuelos de Jacob-Israel, hijo de su hijo Isaac. El libro del Génesis enseña que la “imagen” divina de la creatura humana que está en su ser “hombre y mujer”, cuya capacidad de generar es la representación viva y operante del Creador y de su ofrecimiento de salvación (Cfr. Gen1, 27), pasa a través de los eslabones generacionales, del abuelo y del hijo. Un ejemplo claro de esto es la narración tierna y afectuosa que hace el libro de Rut (4, 16-17), en la que la abuela Noemi toma al niño (de su nuera Rut y de Booz) y se lo pone en el vientre convirtiéndose en madre nutricia, hasta el punto que sus vecinas exclaman llenas de júbilo: «¡A Noemi le ha nacido un hijo!». Pero en esta escena afectuosa y delicada que exalta una abuela todavía fuerte y bella, se inserta también la dimensión teológica. Aquél niño, Obed, dice el texto bíblico «será el padre de Jesé, el padre de David». Por lo que tenemos aquí, un abuelo “mesiánico”, que así como en la posterior genealogía de David identifica el hilo conductor de la esperanza mesiánica, que se continuará hasta Jesús, llamado Cristo (Cfr. Mt 1, 16). Lo que nos interesa subrayar en este momento, es sobre todo, cómo en la Biblia se da relevancia al anciano, en cuanto artífice no sólo de una familia y de una herencia genética, sino también de un patrimonio espiritual y cultural.

---

<sup>1</sup> En lo que sigue me apoyo en RAVASI, Gianfranco, *I nonni nella Bibbia*, Familia et Vita XIII (1/2008), pp. 45-48.

## *b) El anciano como testigo moral*

Esta es una característica que subraya frecuentemente la tradición sapiencial, que tiende a identificar la vejez con la sabiduría: “Las canas son corona esplendorosa y se la encuentra en el camino de la justicia” (Prov 16,31). Pero la misma tradición previene también acerca de la realidad de la fragilidad humana, que vale igualmente para el anciano, como asperamente sentencia el libro del Sirácide: “el viejo adúltero y privado de sentido común... el viejo que pide consejo a las prostitutas” (Sir 25, 2; 42, 8). A este respecto es particularmente significativa la escena de gran eficacia narrativa, que se describe en el capítulo 13 del libro de Daniel, y que tiene como protagonista a la hermosa esposa Susana, donde se nos presenta precisamente a dos ancianos viciosos que son desenmascarados por el joven Daniel, quien podría ser su nieto: “¡Viejo encallecido en el mal! He aquí que todos tus pecados salen a la luz! ... La belleza te ha seducido, la pasión te ha pervertido el corazón!” (vers. 52-56).

Por lo tanto, la Escritura subraya que la perversión ética puede llegar a ser una fuente de mal ejemplo. Pero en la tradición sapiencial el acento cae sobretodo en el lado positivo, esto es, sobre los ancianos que crean una comunidad de paz y de justicia. Y la Biblia dibuja esta atmósfera de luz en tres ámbitos sociales conexos entre sí. El primero de ellos es, como no podía ser de otra forma, el de la familia. Esto se puede comprobar en el simpático cuadro que se encuentra sobreentendido en el Salmo 128, donde, junto al padre laborioso, la madre fecunda y los hijos vigorosos, se presenta como cúlmen la esperanza de nietos que también sean felices y justos: “Que puedas ver a los hijos de tus hijos” (v. 6). Porque como resalta el libro de los Proverbios: “la corona de los viejos con los hijos de sus hijos” (17,6).

De la familia se pasa a la ciudad y es el profeta Zacarías quien dibuja esta vez otro cuadro maravilloso, que ve a los abuelos sentados en las bancas de una plaza de Jerusalén, rodeados de los nietos que acompañan con amor y que les han enseñado a vivir en armonía de acuerdo con la justicia: “Ancianos y ancianas se sentarán en las plazas de Jerusalén, cada uno con el bastón en la mano por su larga vida. Las plazas de la ciudad estarán llenas de chicos y chicas que jugarán en ellas” (8, 4-5).

Por último en el corazón de la ciudad santa, se eleva la colina de Sión con el templo. Allá acúden juntos todos los fieles y es hermoso ver que en la oración y en el canto a las voces graves y solemnes de los abuelos se asocian las vibrantes y frescas de sus nietos: “Los jóvenes y las doncellas, los viejos junto con los niños alaben el nombre del Señor” (Sal 148, 12). En el fervor de las fiestas, como soñaba para el tiempo futuro el profeta Jeremías: “gozarán las vírgenes en la danza y jóvenes y viejos exultarán juntos” (Jer 31,13).

### *c) Los ancianos transmisores de la fe*

La Sagrada Escritura celebra por tanto la dulzura que crea el nexo entre el abuelo y el nieto. Tal conexión no es sólo física, sino también moral. Pero el cuadro no sería completo, si no dijéramos también una palabra sobre la profunda relación espiritual que los une y que frecuentemente hace de los abuelos los primeros “heraldos de la fe”, como el Concilio Vaticano II designa en realidad a los padres (Cfr. AA, n.11).

En el Antiguo Testamento esta realidad se afirma muchas veces, a partir de la experiencia capital del éxodo de la esclavitud egipcia, que es un artículo fundamental del Credo de Israel. En efecto, los grandes signos de la salvación que se encuentran en la base de aquél evento deben ser “narrados y fijados en la memoria de tu hijo y de tu nieto

(dice el Señor al fiel judío) para que conozca la manera como Yo he tratado a los egipcios y los signos que Yo he realizado en medio de ellos, de modo que conozcáis que Yo soy el Señor” (Ex 10, 1-2).

Especialmente, un salmo “histórico”, el 78(77), describe de esta manera la cadena genealógico-catequética entre padres, hijos y nietos: “Lo que hemos oído y conocido y que nuestros padres nos han contado no lo tendremos escondido a nuestros hijos; diremos a la generación futura las alabanzas del Señor, su potencia y las maravillas que ha realizado en favor nuestro. El Señor, ha establecido un testimonio en Jacob, una ley en Israel, ha mandado a nuestros padres hacerlo conocer a sus hijos, para que lo sepa la generación futura, los hijos que nacerán. También ellos deberán contarlo a sus hijos...” (Sal 78, 3-6).

En síntesis la Sagrada Escritura nos presenta a los ancianoa, como personas serenas y satisfechas llenas de años y de experiencias, raíz de vida e historia, testigos morales a quienes se debe una especial veneración y respeto, pero que deben estar precavidos para no corromperse, ya que tienen la responsabilidad de no inducir al error y a la idolatría a sus descendientes. Ellos tienen la tarea particular de transmitir el tesoro de la fe y de la identidad cultural a las nuevas generaciones.

## **Conclusión**

Para concluir mi intervención, quisiera resumir en tres puntos las tareas pendientes.

1) *La necesidad de testimoniar respeto y gratitud a los adultos mayores.* Actitudes que deben actuar en primer lugar sus propias familias. La Palabra de Dios nos invita a aprender de ellos con gratitud, y a acompañarlos en su soledad y fragilidad. Muchos de

nuestros ancianos han gastado su vida por el bien de su familia y de su comunidad desde su propia vocación y misión. Merecen ser reconocidos, en particular, por la cruz de sus dolencias, la capacidad disminuida o la soledad. Sin olvidar que el respeto y la gratitud son actitudes virtuosas indispensables para construir una sociedad más justa y fraterna.

2) *El diálogo intergeneracional.* Es sumamente necesario recuperar el encuentro entre las generaciones. El testimonio y sabiduría de nuestros mayores, son riqueza de nuestros pueblos: ellos son los depositarios de la memoria colectiva y saben transmitir esa memoria a las generaciones jóvenes. ¿No es verdad que aunque muchas veces no los escuchamos porque son reiterativos, a la larga terminamos diciendo, como frecuentemente repite el Papa: “como decía mi abuela..”? Por ello deberíamos superar la tendencia a ridiculizar lo que ellos dicen y a pensar en ellos como si estuvieran fuera del tiempo o perdidos en la historia. Más bien habría que valorarlos. El Papa Francisco dice que “las casas de los ancianos deberían reconocerse como los «pulmones» de humanidad en un país, en un barrio, en una parroquia; deberían ser los «santuarios» de humanidad donde el viejo y el débil es cuidado y protegido como un hermano mayor, como una hermana mayor” ( Discurso en el Encuentro con los ancianos, Plaza S. Pedro, 28 de septiembre de 2014). Hay que ser conscientes de que si no atendemos a nuestros ancianos en sus relatos y vivencias, si no damos lugar a que aflore su sabiduría de toda una vida, hipotecamos el futuro, pues una sociedad sana no puede construirse sino con tres pilares: la memoria de los ancianos, la fortaleza de los jóvenes y la inocencia de los niños.

3) *Atención humana y espiritual de los ancianos.* Iglesia, familias y sociedad hemos de estar atentos a las necesidades humanas y espirituales de nuestros ancianos. Haciéndolos sentir útiles, incorporándolos lo más posible a la misión evangelizadora de la Iglesia. Es necesario alentar políticas públicas solidarias y justas que integren a los

adultos mayores, para que no queden reducidos sólo a ser destinatarios de alguna dádiva demagógica. Se trata de construir un espacio común con todos los miembros de la sociedad y no sólo estructuras donde colocarlos para que no nos molesten. A nivel eclesial hemos de ayudarles “a nacer de nuevo”, como invitaba el Señor Jesús a Nicodemo (Jn 3, 1-2). Pues sólo naciendo del agua y del Espíritu, se alcanza la plenitud. Es verdad que el Señor ofrece a todos el don de renacer a una vida nueva, colmada de sentido y esperanza, pero en esta narración de Juan lo ofrece a un anciano. Entonces podemos decir que la necesidad de compañía, una mirada trascendente que mitigue la angustia que produce la cercanía de la muerte, el sentirse útil, la oración y el ofrecimiento de sus achaques, son algunos de los signos de este “renacer de lo alto” que el Señor ofrece a los ancianos.

Concluyo con una cita del Papa Francisco: “Los ancianos son hombres y mujeres, padres y madres que estuvieron antes que nosotros en el mismo camino, en nuestra misma casa, en nuestra diaria batalla por una vida digna. Son hombres y mujeres de quienes recibimos mucho. El anciano no es un enemigo. El anciano somos nosotros: dentro de poco, dentro de mucho, inevitablemente de todos modos, incluso si no lo pensamos. Y si no aprendemos a tratar bien a los ancianos, así nos tratarán a nosotros” (Catequesis en la Audiencia General del 4 de marzo de 2015). Muchas gracias.